

16. EL ASCETISMO PRIMITIVO

SIGLO
I Y II

En la Iglesia primitiva encontramos siempre la figura de los ascetas. Entregados al servicio de las comunidades, eran modelos de vida cristiana. Su origen se encuentra en el evangelio, implica la entrega total a Dios en el seguimiento de Cristo y la voluntad de poner en práctica esta entrega mediante la fiel observancia de los “tres consejos evangélicos”: pobreza, obediencia y castidad.

La Iglesia es suficientemente grande para que todos tengan cabida: para los ascetas que tienden a la perfección, y para los débiles que deben alcanzar también la salvación.

La Iglesia ha tenido que hacer frente una y otra vez al problema que ocurre cuando los “consejos evangélicos” se quieren transformar en una ley obligatoria para todos. Surgieron, durante el siglo II, muchos “encratitas”, ascetas radicales, que proclamaban el ideal de una “Iglesia de los santos”, los que no vivieran estos principios, no eran Iglesia. Los grandes herejes de este tiempo exaltaron tales pretensiones.

El ascetismo representa un elemento esencial en la Iglesia, ella los necesita, vive de ellos y recibe de ellos la fuerza necesaria para no desfallecer en su misión para y en el mundo.

Es muy importante el papel de los religiosos y las religiosas en la Iglesia. Pero en los comienzos del cristianismo muchos de ellos intentaron imponer su ideal de vida al resto de cristianos, por lo que los monjes y las monjas reciben un -2.

